

caminos que él nos muestra, y no emplear la vida en servir á un tirano, tan pérfido, como cruel: *Longè fac ab eo viam tuam, et ne des annos tuos crudeli:* (prov. 5.) de otra suerte, la mayor culpa, á la verdad, no será del que hace traicion, sino de quien á ojos abiertos se deja entregar al enemigo.

## §. II.

## VANDERA DE CRISTO.

Mirémos ahora de la otra parte á Cristo, Salvador del mundo, que en un sitio humilde junto al templo de Jerusalén, con un modo suavísimo llama y convida á que le sigan. Mirad cuán amable es su semblante sobre todas las bellezas del mundo: *Speciosus forma prae Filiis hominum.* En su frente tiene asiento la Magestad, pero humilde; en sus ojos reina la alegría, pero modesta; de sus labios destila dulzura, pero que no empalaga; de sus manos salen las gracias, pero sin interés: en suma, él es *totus desiderabilis.*

Corónanle al rededor sus queridos discipulos, pendientes de su boca á oír y recibir palabras de vida eterna: *Verba vitae aeternae.* Tiene enarbolado el estandarte de su cruz, *in quo est salus, vita, et resurrectio nostra.* Convida con dulcisimas palabras á seguirle y ponerse de su vanda. *Venite ad me omnes:* Venid á mí (dice) todos los que estais fatigados y agravados, que yo os daré aliento, descanso y refeccion. Tomad mi yugo sobre vuestros hombros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazon; porque mi yugo es suave, y mi peso es ligero. Es verdad,

que nos muestra la cruz, debajo de la cual debemos militar; pero juntamente nos avisa por medio de su siervo Tomás de Kempis: „En la cruz „está la salud y la vida; en la cruz está la de- „fensa de nuestros enemigos, y la gracia de „las consolaciones celestiales; en la cruz se ha- „lla la fortaleza del corazon, el gozo del espíri- „tu, la perfeccion de las virtudes, y la esperan- „za de la bienaventuranza eterna.

Es verdad, que Cristo impone á sus secuaces leyes á prima faz muy duras; *Abneget semetipsum, tollam Crucem suam, et sequatur me:* porque el negarse á sí mismo es una renunciacion de todos los placeres del sentido, un abandono de las riquezas superfluas, un desprecio de los vanos honores. Mas: el tomar la cruz es una preparacion del ánimo á tolerar las cosas contrarias al genio de la naturaleza, la penitencia y mortificacion del cuerpo, la pobreza de espíritu, la humildad de corazon; las cuales se oponen directamente á los tres genios de apetitos, que sugiere el demonio.

Pero tambien es verdad cierta, que si Cristo pide cosas dificultosas, nos concede juntamente gracias extraordinarias para facil y suavemente ejecutarlas; como divinamente advirtió san Leon: *Iustè nobis instat praecepto, qui praecurrit auxilio.* (SERM. 16. DE PASS.) Dá á los que le siguen tal abundancia de ayudas y socorros divinos, que no solo hacen fáciles, sino alegres y deleitables los ejercicios de las virtudes. Convida el Salvador al desprecio de las riquezas, y amor á la pobreza; mas al mismo tiempo reparte tal gracia para tolerar la falta de los bienes humanos, que san Luis, de Primogenito del rey Carlos de

Nápoles, hecho pobre religioso Franciscano, decia: que le era mucho mas sabroso un pedazo de pan bazo, recogido de limosna, que las delicias de la mesa real. Exhorta á la continencia y castidad; pero con tan eficaces socorros conforta la flaqueza de la carne, que san Agustin, despues de haber experimentado tantos deleites sensuales, sentia mayor gusto en vivir careciendo de ellos, que cuando soltaba la rienda al apetito: *Voluptates, quas amittere metus fuerat, jam dimittere gaudium erat.* (LIB. 8. CONFESS.) Persuade el Salvador huir de las honras, y tener afecto á la humildad; pero con tanta eficacia alienta los corazones débiles, que santa Isabél, reina de Ungría, tenia por mayor gloria el ser ultrajada, que cuando antes era honrada y reverenciada en el trono.

Quiere, que con fatigas y sudores apostólicos nos industriemos en ganar almas á su servicio: *Omnes Christo lucrifacere.* Para estas industrias apostólicas, busca por todas partes compañeros. A ellas convida con empeño á sus secuaces. Mas despues les endulza el trabajo con tantos consuelos, que san Francisco Xavier en las arduas empresas de su trabajosisimo apostolado, se veia obligado á exclamar: *Basta, Señor, basta: Satis est, Domine, satis est.* No mas gustos, mi Dios, no mas, que mi corazon no es capaz de tantas delicias del cielo. ¡Oh, que las mortificaciones, las penurias, las deshonras, que tal vez se padecen por seguir la vándera de Cristo, son recompensadas con tantos regalos de espíritu, que siempre corren á las parejas los trabajos y los consuelos de sus soldados, que bien pueden decir con el real Profeta: *Secundum multitudinem dolorum*

*in corde meo, consolatione tuae lactificaverunt animam meam.* Mas: no se contenta el Apostol con decir, que corresponde puntual una consolacion igual á aquel poco de tristeza, que se padece por Dios, sino protesta ser cien veces mayor la avenida de gozo, que la gota de afliccion: *Superabundo gaudio in omni tribulatione mea.*

Con todo eso, supongamos que el Salvador no quiera favorecer con gracias extraordinarias ahora á los que le siguen, ni endulzar la amargura de su Ley con el maná de sus celestiales dulzuras. Finjamos, que el divino Capitan diga á sus soldados: *Non veni pacem mittere, sed gladium.* Guerra os intimo, que hagais guerra al mundo, guerra á vosotros mismos. En esta vida, por amor de mí, os habeis de privar de estos bienes tan buscados, tan agradables, tan apetecidos, por entrar en una milicia trabajosa, difícil, molesta, sin alivio, sin conorte alguno: *Plorabitis, et flebitis vos, mundus autem gaudebit.* Yo, soldados míos, os convido á lágrimas, á dolores, á padecer; cuando al contrario, el mundo os llama á sus festines y divertimientos.

Vosotros habeis de gemir debajo del peso de la cruz: el mundo os dará á gozar todo el campo de sus placeres; pero notad bien el trueque que debe al fin suceder, porque *tristitia vestra vertetur in gaudium,* vuestro breve padecer presto se cambiará en un eterno gozar: á la breve batalla seguirá un eterno triunfo: *Estote fortes in bello, et accipietis Regnum aeternum:* Pelead valerosamente, que os espera un reino eterno: Cuando al contrario: *Gaudium mundi vertetur in tristitiam,* todas aquellas transitorias alegrías del mundo, se reducirán á eternos llantos. Muy presto se

rán castigados los gustos de una vida caduca con penas atrocísimas de una muerte sempiterna é inmortal. Si el Redentor así les dijese á sus secuaces, y los quisiese afligir de presente, para despues premiarles en lo venidero; con todo eso, ¿no deberían entrar gustosos en el partido, y alistarse debajo de sus vanderas? ¿La felicidad de un término bienaventurado sin fin, no debia ser poderosa para facilitar cualquier camino áspero? ¿Cómo podremos, sin pelear y sin padecer, pretender aquel cielo, que costó á las vírgenes tantas mortificaciones, á los confesores tantas penitencias, á los mártires tanta sangre? ¿No es verdad lo que dijo Pablo, que no equivalen, ni igualan todas las penas y aflicciones de esta vida á la grandeza de la gloria, que esperamos? *Non sunt condignae passionis hujus temporis ad futuram gloriam, quae revelabitur in nobis.*

Mas no obra así con sus soldados el Capitan del cielo. Es así, que les tiene preparado un gran premio en la otra vida despues de la victoria; pero no por eso en la presente, que es tiempo de batalla; no por eso, (digo) deja de repartirles un gran donativo de sus gracias, un sueldo copioso, y de anticiparles dulcísimos confortativos en medio de sus trabajos, y convertir las pocas mortificaciones del cuerpo, en unos sumos gozos del espíritu. Usa el Salvador con sus secuaces lo que usó Dios con el pueblo de Israel. Habiale prometido una tierra tan feliz, que manase leche y miel, y abundase de todas las delicias. ¿Y con cuánta abundancia les asistió y proveyó, aun en el desierto, cuando caminaban á la tierra prometida? Bien pudiera justamente decirles: Por ahora, mientras dura el viage, tened un poco de pa-

cedia; no tengais por muy pesado pasar lo mejor que pudiereis con yerbas silvestres y raices amargas, que encontrareis: Vendrá despues, y presto, el tiempo en que gozareis los deliciosos y regalados frutos, los sabrosos manjares de aquella afortunada tierra; pero ni lo dijo, ni lo hizo Dios así. Hizoles prevision, aun en el desierto, por aquellas sendas ásperas y molastas, de un pan del cielo, tan abundante como gustoso: *Pluit illis Menna ad manducandum: Panem Coeli dedit eis.* (PSALM. 77.)

Labró para ellos un maná, que encerraba en sí todas las suavidades y sabores, sirviendo, no solo á la necesidad del sustento, sino tambien á las delicias del paladar. No de otra suerte nuestro Redentor; si bien tiene preparado á sus siervos en el paraíso aquel torrente de nectar celestial; con todo eso, aun en este desierto, les reparte con grande abundancia sus dulzuras para sustentarlos briosos en sus trabajos.

Y con todo eso, no consigue el Salvador atraer muchos á sus vanderas. Aman mejor los cristianos militar al infeliz sueldo de Lucifer, por la miseria de algunos bienes suyos, amargos y caducos, que al sueldo de Cristo, por la abundancia de bienes purísimos, alegrísimos y eternos. Antes quieren ser esclavos de un fiero tirano, que por una vida llena de mil trabajos, los lleva á una muerte eterna, que siervos de su legitimo Señor, é hijos de su amorosísimo Padre, que con tantas gracias, y por medio de tantas consolaciones, los conduce á una vida bienaventurada.

No fueron solos los pérfidos gentiles los que gritaron: *Nolumus hunc regnare super nos.* No lo queremos por nuestro Rey. Ni solo los judios

antepusieron á Barrabás, homicida, á Jesus, Salvador; peor lo hacen algunos cristianos: si nó con las palabras, á lo menos con las obras, se niegan al reino de Cristo, huyen de ser sus vasallos, y escogen antes la esclavitud de un tirano, que la filiacion de Dios. ¡O rebelion afrentosa! ¡O ultrage gravisimo, que se hace al Rey del cielo! Y así, Lucifer, ufano y jactancioso, hace á Cristo aquellos improperios que pinta san Cipriano: *Ego pro istis, quos mecum vides, flagella non accepi, &c.* Mira, ¡ó Cristo! cuantos siguen mi vadera. Yo no me hice hombre por ellos: no he padecido por ellos ni un trabajo; no he derramado por ellos una gota de sangre; y con todo eso, me siguen á tropas, con todo eso, á vandadas toda esa muchedumbre abraza gustosa el servirme.

Tú, por ellos, te vestiste de carne humana, has derramado tantos sudores y tanta sangre, y has llegado hasta morir en una afrentosa cruz por su amor. Mas ¡qué séquito tiene tu estandarte? ¡Qué pocos militan debajo de tus vanderas, y se aplican á servirte! *Ego nec Regnum illis Coeleste promitto.* Yo no les prometo el reino de los cielos; antes, por un camino sembrado de miserias, los guio á un infierno de penas. No obstante eso, tengo un número innumerable de secuaces, que viven á mi mala paga. Tú les ofreces un reino de felicidad, comprado á costa de tu Sangre; y alhagandoles con mil favores, les convidas á reinar contigo en la eterna gloria: mas ellos brutaemente te vuelven las espaldas. Mas quieren ser conmigo infelices, que dichosos contigo. Esta es la lealtad de tus cristianos. De esta suerte corresponden á tus beneficios.

¡Oh! ¿y hemos de sufrir que el demonio zahiera así al Salvador? ¿No nos resolveremos una vez volvernos á su partido? Si no acaban de movernos tan indignas y afrentosas palabras de Lucifer, dénos el último empujón las justas quejas de Cristo, expresadas á santa Brígida en una triste y dolorosa aparicion: *Nunc ex toto neglectus sum, et tamquam Rex à proprio Regno expulsus, in cujus loco latro pessimus electus est:* Yo estoy abandonado de mis cristianos, y depuesto de mi reino, por colocar en él á un pésimo ladrón. Decidme, ó profesores de mi fé, qué habeis descubierto en mí de mal, para abandonarme? *Quid mali feci?* Si no es que contéis por mal el haberos criado, el haberos mantenido la vida, el haberos enriquecido con tantos beneficios. Y mi enemigo Lucifer, ¿qué bien os ha hecho, para que con tanta ansia y afecto le sigais? ¿Os ha dado él alguna mejor vida? ¿Os ha rescatado á costa de su sangre? Haced que muestre las heridas que por vosotros ha recibido, las fatigas que por vuestra salud ha tolerado. ¡Ay! que *non ille, sed ego redimi vos.* Yo sí, que puedo mostraros mis pies, cansados de tantos viages por buscaros: mis manos llagadas por haceros beneficios: mi cabeza atravesada de espinas, por daros óculo de paz: mi costado abierto, por acogeros y entraros en mi corazón: *Ego redimi vos sanguine meo.* ¿Qué motivo, pues, tenéis para revelaros contra mí, que he padecido tanto mal, por haceros tanto bien? ¿Qué razon para seguir á mi enemigo, que lo es tambien vuestro, y no pretende otra cosa sino vuestra perdicion? *Quid cauae est, quod inimico meo, vestroque libet magis*

*servire, quam mihi?* Menos mal seria no haberme hecho juramento de fidelidad en el bautismo, que revelarse despues contra mí, como si en mi servicio hubieseis hallado algunos malos tratamientos. Ahora, si no cuidais, ni teneis compasion de mis lágrimas, de mis fatigas y de mi sangre, á lo menos cuidad de vuestra salud, que perdeis, de vuestra eterna condenacion, adonde os lleva Lucifer. Mucho me affige el ver que me dejais; pero mas me congoja vuestra ruina: *Perdere animas àdeo dilectus.*

¿Y tendrémos aliento para oir estas justisimas quejas del Redentor sin conmovernos? ¡Ay, no, mi Dios! Veisme aquí resuelto á librarme de esta dura esclavitud de Satanás: *Vade retrò Satana.* Muy engañado me han tenido sus falaces promesas de placeres, de riquezas y honra, fingiendo en ellas el bien que no tienen, y ocultando el mal que acarrear. Avergonzado sumamente estoy de mi deslealtad en huir el reclamo, que tantas veces, (Dios mio) me habeis hecho al corazon, en rebelarme de vuestro felicísimo estandarte. ¡Oh, cómo merecia yo, que vos me volviesséis las espaldas, y me despidiesséis, y arrojasséis de vuestro servicio! Mas ya que vuestra Bondad quiere vencer mi ingratitude, y me renovais la gracia de vuestro llamamiento, veisme aquí prontísimo á seguir vuestra fidelísima guia para el cielo. Escojo antes padecer con vos, que gozar con el mundo. Vuestro tengo de ser á toda costa de pobreza y de humillaciones. Debajo de vuestra cruz quiero en adelante militar. Alistadme con vuestra Sangre entre vuestros mas elevados soldados. Armadme con vuestra poderosa gracia, para que pueda alcanzar victoria de los enemigos y de mí mismo.

## §. III.

## EJEMPLO.

Doña Catalina de Sandovál, una de las mas estimadas señoras de España, en la primera flor de sus años estuvo mucho tiempo dudosa, sobre qué estado de vida habia de seguir, y debajo de qué vandera debia militar. Por una parte el demonio la proponia las raras prendas, de que era dotada, de hermosura y donaire, las comodidades de sus riquezas, lo dulce de los placeres, y la gloria de las honras que podia gozar en el mundo. Por otra parte, Cristo la sugeria la belleza, pero ardua, de las virtudes, el amor de la pobreza, la mortificacion de los sentidos, el desprecio de la gloria vana. Dudosa entre estas dos escuadras de objetos contrarios, no acertaba á resolverse; pero entretanto, dejandose llevar del torrente del mundo, sin resolucion de seguir la vandera de Lucifer, con las obras huia de la de Cristo, hasta que poco á poco se dejó dominar del amor del mundo. La vanidad era el elemento en que vivia, y el aire que respiraba. Vestir galas, inventar nuevas modas, y trazas de mostrarse hermosa, gustar de trages pomposos y de ostentacion, asistir á todas las fiestas públicas, y dejarse ver con gusto de los ojos de todos.

Las muchas prendas naturales, que tenia, movieron á muchos caballeros de grande esfera á pedirla por esposa: mas ella altiva, por sus mismas prerrogativas, ponía altísimo el punto, y respondia soberbiamente, que no habia de admitir á sus desposorios, sino una Testa coronada, ó de sangre real.

Uno, entre otros, que tenia mayor ansia de grangearla, prometió un gran regalo á una doncella, que la servia de camarera, si tenia ánimo y traza para persuadir á Doña Catalina, que le admitiese por marido. La doncella se valió de todos los artificios imaginables para introducir en la gracia de la dama aquel caballero; pero siempre en vano. No obstante, no perdió el ánimo; y una mañana, entrando en la cámara de su señora á darla los buenos dias, y haciendo que viesse la luz, con abrir la ventana, la dijo: ¡O señora, qué bravo sueño he tenido esta noche! Me parecia que estaba viendo unas magnificas fiestas á las bodas de V. Señoria con Don (nombrandole al caballero) y proseguia á decirle alabanzas, y ponderar sus prendas. Aquí Doña Catalina, gravemente indignada, la arrojó de su presencia con ásperas palabras, amenazandola con mas que palabras, replicando: ¿No te tengo dicho, que ninguna persona del mundo podrá lograr mi amor, si no es rey, ó de real sangre? Dicho esto, se puso una ropa ligera, y levantandose de la cama, se puso á pasear por la sala, revolviendo soberbiamente en su ánimo, que para ello no bastaban muchas riquezas, que eran menester honores reales. Cuando en el mismo punto de ensóberbecerse, levantó por buena suerte los ojos á un crucifijo, que tenia en la sala; y al mirarle la cabeza coronada de espinas, y leer el titulo: *Jesus Nazarenus Rex Judaeorum*, se sintió interiormente llamada á tomar aquel soberano Rey por Esposo, y que la decian: Veis aquí al Rey que andas buscando, y te desea y ama mas que ningun otro. Paróse á mirar con ojos piadosos al crucifijo, y su corona de espinas, aquel Corazon

herido, aquellas Manos llagadas, y todos los miembros llenos de cardenales. Y repitiendo el mirarle, oyó una voz, que resonó en las orejas del cuerpo, mas hizo éco grande en el corazon, y la dijo. *Tu me conseguiras así.* Entonces, ó fuese reverencia, ó espanto, que atemorizó á Doña Catalina, ella quedó asombrada de aquellas palabras, que no sabia de donde salieron; cuando vió, que el Señor, acercandosele amorosamente, añadió: *Yo soy, no quieras temer. Ego sum, noli timere.* Por donde avivandose y cobrando aliento, se puso de rodillas; y volviendo al Salvador, le dijo: Señor mio, bien sabeis cuanto he huido de vos, y seguido las vanderas del mundo; ya desde este punto me rindo toda á vuestra cruz: os acepto por mi Esposo, así como lo quereis, coronado de espinas, y lleno de heridas y llagas por mi bien. Despidome de todo amor del mundo: y os entrego á vos únicamente mi corazon, rogandoos, que no le dejeis jamás salir de vuestra mano, de suerte, que de aqui adelante sea todo totalmente vuestro. Sea testigo de esta mi resolucion y perpetua donacion, la Reina del cielo, mi Señora, con toda la corte celestial. Entonces estendió Jesucristo el brazo derecho ácia Catalina, como para abrazarla y tomarla por su purisima esposa, diciendola: Este brazo, en que está mi sumo poder y fortaleza, te le doy, para que tú, confortada y fortificada con él, puedas con valor ejecutar mi voluntad, y vencer á tus enemigos, manteniendome la palabra que me has dado.

Así esta grande alma, volviendo las espaldas á Lucifer, se dió al punto á seguir á su Esposo coronado de espinas. Y porque no es decente, que coronada de espinas la cabeza, los miem-

bros sean delicados, como dice san Bernardo: *Non decet sub capite spinoso, membrum esse delicatum*, empezó á atormentar con asperisimas penitencias su delicadísimo cuerpo. Las riquezas, los honores, los placeres que antes le sugería y ofrecía el demonio, fueron despues aborrecidos de su espíritu mas que la muerte. Al contrario, la pobreza, las mortificaciones, los desprecios, á que la llamaba Cristo, eran todas sus delicias endulzadas con extraordinarios constelos del Espíritu Santo: hasta que viviendo vida religiosa algun tiempo en el siglo, pasó á vivir como santa en la religion, súbdita muy estimada de santa Teresa; y para continua memoria de haber escogido por Esposo á Jesucristo, se llamó Catalina de Jesus: *Ut quoties nomen suum audiret, recordaretur, quem amaret, et imitari debet.*

Lease á Tomás de Kempis lib. 3. cap. 56. Que debemos negarnos á nosotros mismos, é imitar á Cristo por la cruz.

## LECCION XII.

## DE LA INSTITUCION DEL SANTISIMO SACRAMENTO.

Si bien todas las empresas de Jesucristo fueron finezas de amor para con los hombres; pero una se lleva la ventaja á todas las demás, que es la institucion del Divinisimo Sacramento, en que la divinidad, (como habla el santo Concilio Tridentino) derramó sobre nosotros las riquezas de su amor; *Divitias sui ergo nos amoris velut effudit*, cuando la noche antes de su dolorosísima pasion se dejó en perpetuo don á sí mismo. Porque ¿qué mayor ternura de amor; que habiendo de morir por nosotros, y volverse al Padre, no le sufre el corazon vivir apartado de nosotros, y dejarnos solos en este valle de lágrimas? Es verdad, que nos llevaba al cielo impresos en su Corazon, y en breve habia de volver á ver sus escogidos en su reino: con todo eso, sentía tanto apartarse de los hombres, aunque por poco tiempo, que inventó un amorosísimo medio para quedar siempre con nosotros presente en el Divino Sacramento; y no solamente para quedar en un lugar, como cuando vivia en el mundo, sino en tantos lugares, cuantas iglesias hay en todo el orbe, y bajar tantas veces del cielo á visitarnos, cuantas Hostias se consagrasen en innumerables partes de la tierra, multiplicando cada dia su presencia, para mostrar el deseo ardentísimo, y el inmenso gozo de estar con nosotros como en sus delicias: *Delitiae meae esse cum filiis hominum.*